

Carl Boggs, *Imperial Delusions. American Militarism and Endless War*, Nueva York, Rowman/Littlefield Publishers Inc., 2005, 270 pp.

El libro de Boggs es de una enorme utilidad tanto para los especialistas en relaciones internacionales, estudios latinoamericanos, sociología y ciencia política, como para los interesados que no son expertos, dado el lenguaje claro y preciso que emplea a lo largo del texto, lo que no desmerece el rigor metodológico y el abundante sustento empírico que recorren la obra. Boggs realiza una sistemática crítica a uno de los presupuestos centrales de la ideología de la globalización: existe una tendencia a la erosión del Estado-nación y de la soberanía nacional como concepto y recurso político. Por el contrario, demuestra que hay una supersoberanía, como es el caso de Estados Unidos y otras potencias, y una minisoberanía, como sucede con la mayoría de los países del mundo.

Asimismo, el autor señala con contundencia lo falaz de otro presupuesto de dicha ideología: existe una propensión mundial hacia una era de paz y progreso económico, a propósito de lo cual resalta cómo prevalecen, por un lado, la multiplicación de guerras internas y externas, al igual que el constante aumento de las desigualdades sociales, raciales, regionales e interestatales, y cómo, por el otro, aumenta la concentración, por parte de la Unión Americana, del uso de los recursos humanos, naturales, tecnológicos y bélicos, al mismo tiempo que hay una declinación tendencial de su poderío, dadas las múltiples contradicciones que este país enfrenta con el resto del mundo.

Un hilo conductor, que atraviesa y articula la obra en cuestión, es lo que el autor llama la profundización del keynesianismo militar (el intervencionismo económico estatal a favor del complejo industrial militar) en detrimento de un menor presupuesto para el gasto gubernamental social, educativo y habitacional en la Unión Americana. Esto lo conduce a afirmar que “la historia de Estados Unidos hasta la actualidad tiene un peculiar anclaje militarista, un fenómeno crecientemente visible desde la Segunda Guerra Mundial”.

El texto de Boggs es de una impresionante actualidad y utilidad, no obstante que abarca principalmente el periodo que comprende de la segunda posguerra mundial a la actualidad, pues en él se muestra cómo la conducta histórica y actual del imperialismo estadounidense presenta muchas más continuidades que cambios en su trato con los países aliados, amigos o enemigos. Es decir que, al margen de que se encuentre en el poder del Estado un gobierno demócrata o republicano, las líneas de continuidad en la política exterior y militar son obvias aunque, como es normal, se hayan requerido ciertas adaptaciones tácticas a la estrategia general de acuerdo con el cambiante contexto del poder internacional. Esta situación de pocas rupturas y muchas continuidades en la actitud imperialista da fin a un mito muy difundido: que a México, en particular, y a América Latina, en general, les irá mejor con la presencia de un gobierno demócrata y mal con uno republicano.

Otro mito histórico es que el gobierno estadounidense ha luchado durante la guerra fría en favor del mundo libre y democrático en oposición al comunista y totalitario, y que, después de la década de los años noventa del siglo pasado, en la época de la posguerra fría ha estado de parte de la promoción de la democracia, el respeto de los derechos humanos y el libre mercado internacional. Lo mismo que ayer, el apoyo de la potencia estadounidense a dictaduras militares (la Argentina de Videla; el Chile

de Pinochet; el Irán del Sha, etcétera) o a regímenes autoritarios (México, Perú, Filipinas, entre otros) a lo largo del mundo ha sido una constante de su conducta y hoy, en la etapa post 11 de septiembre de 2001, tal actitud continúa con la firma de acuerdos comerciales y militares con países nada democráticos como Azerbaiyán, Kazajstán, Uzbekistán, Indonesia, por sólo mencionar a algunos. Esto además de que, por supuesto, lo del libre mercado mundial es libertad para la inversión y comercio de las corporaciones estadounidenses.

Unido al mito anterior está otro construido alrededor de Estados Unidos como un superpoder de carácter benevolente, paciente y amante de la paz, arrastrado a guerras en las que hubiera preferido no inmiscuirse; en las que, de participar, se supone que preferiría la acción multilateral a la unilateral, sin nunca determinar por qué una u otra resulta más válida, legal, legítima y más eficiente para mantener la seguridad nacional y mundial.

Un mito adicional nos dice que la sociedad estadounidense está abierta a los valores universales; que es democrática en su funcionamiento y representación política, y que existen diferencias sustanciales entre el pensamiento político conservador y el liberal cuando, de hecho, ninguno critica a fondo el sistema capitalista imperante en Estados Unidos, como tampoco la estructura imperialista dirigida por este país. Cuando mucho, difieren de las tácticas que se deben utilizar para lograr la dominación global. Cabe recordar que durante su visita a México en 2004, el ex presidente William Clinton expresó que no habría impulsado la guerra en contra de Iraq como lo hizo Bush; sin embargo, nunca planteó que no habría hecho la guerra; es decir, se trataba de una diferencia de métodos, no de principios políticos o morales.

Dentro del anterior contexto y a partir de los atentados terroristas del 11 de septiembre no sólo se impone la guerra

mundial antiterrorista, sino que se considera que todas las guerras en ese sentido son “justas”; por ello se reivindica el “derecho” de Estados Unidos a los ataques preventivos en contra de cualquier Estado-nación o movimiento social que apoye o simpatice con el terrorismo internacional. Un mito de larga data, que destaca Boggs, es aquel que supone que la guerra o la preparación para la misma conlleva un mayor crecimiento industrial y un mejoramiento de las condiciones de vida de la población estadounidense.

A fin de mantener y reproducir el conjunto de mitos mencionados, la elite estadounidense hace un uso sistemático de los medios masivos de comunicación y de la intelectualidad, sobre todo para mantener esa militarización mental de la sociedad. Tan es así que, por lo general, los libros de texto y universitarios de historia no tratan de ese proceso de militarización constante, como tampoco lo hacen los de ciencia política, sociología y relaciones internacionales.

Boggs describe de manera contundente cómo esos medios exaltan el patriotismo exacerbado, el racismo, el valor y la lealtad como valores superiores, con el propósito de mantener ese estado de movilización militar semipermanente, de acuerdo con el cual todos los males provienen del mundo exterior. A este último lo domina, a su vez, el imperialismo, mediante la manipulación política, las discusiones secretas, la vigilancia y el control, las operaciones encubiertas, al igual que las intervenciones e invasiones militares. La división que hacen los medios de comunicación entre “nosotros” y “ellos” contribuye a la cohesión social interna. Respecto al exterior, el hecho de informar sobre “daños colaterales” y no acerca de bombardeos aéreos indiscriminados contra la población civil, sirve para mantener una especie de cómoda hipnosis, combinada con amnesia y algo de cinismo, entre el público estadounidense.

En síntesis, la obra de Carl Boggs recupera aquellas características generales del imperialismo, como son su carácter estructural (la guerra por los recursos naturales estratégicos forma parte de la lucha por el mantenimiento de la supremacía militar de Estados Unidos); contradictorio (defensa y promoción de la democracia y negociación con dictaduras, establecimiento de alianzas y contraalianzas regionales); desigual (mayor polarización económica y social nacional y mundial), e histórico. No se trata del imperialismo romano de hace milenios ni del alemán de mediados del siglo pasado, sino del estadounidense de inicios del siglo XXI, con un mayor poder destructivo, sin el contrapeso del bloque soviético y, sobre todo después del 11 de septiembre, más agresivo y arrogante, con bases militares, aéreas y navales en 130 países.

Con otras palabras, el autor señala que a nivel nacional e internacional todo esto es consustancial al capitalismo: es un proceso de desarrollo desigual y combinado con dosis variables de violencia y consenso de acuerdo con las correlaciones de fuerza sociales internas e internacionales.

Desde otra perspectiva, si bien el escrito de Boggs aporta numerosas fuentes e interesantes reflexiones para demostrar la validez de sus hilos conductores, así como la de las críticas a los mitos antes mencionados, es factible considerar que resulta demasiado optimista con respecto a la debilidad de la hegemonía imperialista a nivel internacional y de la fortaleza de la misma respecto a la población estadounidense.

Al final del libro, el autor, retomando proyecciones de Gramsci sobre la construcción y reproducción de la hegemonía nacional, entendida como la suma del consenso pasivo o activo de los gobernados más el uso de la violencia o la amenaza de la misma por parte del Estado, concluye que la dominación o hegemonía de la elite estadounidense sobre su nación es bastante duradera dado el recurso a los mecanismos ideológicos antes

aludidos que fortalecen el militarismo. Sin embargo, agrega Boggs que, en el plano internacional, el imperio, a pesar de su estructura para la *tecnoguerra*, que es masiva, mortal y violenta, de una fortaleza indudable, es al mismo tiempo una debilidad, pues no contribuye a la conformación de una dominación global estable y duradera, y sí genera diversos *blowbacks* o contragolpes de las naciones dominadas, que van desde los movimientos globalifóbicos y guerras de resistencia hasta el terrorismo mundial.

El autor confunde e identifica a la hegemonía sólo como una construcción de dominación basada principalmente en el consenso pasivo de los gobernados, cuando la mayor o menor dosis de violencia o consenso dependerán de la capacidad hegemónica de la elite dirigente, pero también del grado de resistencia de los gobernados a los medios económicos, políticos, sociales, culturales y militares utilizados por dicha elite. Además, el hecho de que exista una hegemonía frágil e inestable, como es el caso de México, América Latina y otros países, no significa que no haya hegemonía, sino que precisamente ésta es inestable y débil dadas las crecientes desigualdades y contradicciones acumuladas de todo tipo: sociales, económicas, raciales, étnicas, culturales, de género, religiosas, regionales, nacionales e internacionales, que se mencionan a lo largo del texto. A la inestable hegemonía militarista estadounidense en el exterior, se agrega, como señala correctamente el autor, la competencia de otras potencias como China o Rusia, entre otras.

Por último, Boggs no toma en consideración o subestima etapas de descomposición social por las que pasan distintas naciones y en las cuales la solución militar norteamericana ha probado su ineficacia, como sucedió con diversas repúblicas africanas; asimismo, olvida que una lección histórica del imperialismo, ya sea estadounidense, europeo o asiático, es que después de la invasión y ocupación militar, lo mejor para lograr

cierto grado de hegemonía es el traspaso del mando a las elites nacionales, además de que la ocupación permanente significa enormes costos económicos y políticos para la potencia agresora. Los casos recientes de Panamá, Afganistán e Iraq así lo demuestran y refrendan. Bajo la óptica manejada por el autor, el pueblo estadounidense parece estar condenado al consenso pasivo eterno, cuando también ahí suceden contradicciones sociales que, aunque son menos agudas, no son un obstáculo definitivo para cuestionar la hegemonía capitalista dominante, ni para establecer eventuales alianzas con otras naciones de Estados dominados o imperialistas.

José Luis Piñeyro